

POEMA A LOS 45 AÑOS

Me dicen que tengo que dejar de soñar,
pero mis párpados destilan aromas de misterio
y el hombre es una mezcla de ternura y ferocidad
y no puedo dejar de amar su terquedad de ola.
Me dicen que las flores comienzan a perder su frescura.
Les digo que me riego con agua de los libros,
con caricias hermanas, con las voces de otros
que son sabios de tanto adentrarse en los caminos
que nadie conocía y que ellos iluminan
para el valiente que se anime a cruzarlos.
Mis pétalos rezuman de su agua.
Belleza de los días que se suman con impiedad a mi talle.
Recojo el guante. Acepto el reto.
Las vías rectas nunca atrajeron mi mirada,
y voy por los senderos dónde el hombre
se desprende del saber establecido,
de la cárcel de certidumbres repetidas por autómatas
que niegan su atroz humanidad. Su diferencia.
El sol de la experiencia ha comenzado a entibiar mis
cabellos,
luz de una primavera declinando en otoños florecidos
de cobres y dorados y aquella niña reducida
a un espacio intrascendente se resiste
con uñas y dientes a abandonar mi alma.
Déjala que sueñe mariposas y acompañe
los pasos de la mujer que escucha.
Yo cada vez sé menos, pero son más los libros que interrogo,
más almas que se me abren, magnolias maltratadas,
restallando en heridas de la metralla más certera,
la ausencia de palabras.
Yo, porque también arribo a una edad que no conozco,
me duelo con los niños que besarán
la tierra boca arriba sin conocer el sabor del pan caliente,
me estremezco con el trabajador que busca en el bolsillo
una moneda que había antes, cuando sus manos entraban
en cadenas que trocaban su hacer en alimento
para pequeñas bocas a su cargo por padre y por obrero.
También lloro unas lágrimas por aquellas mujeres
que buscando el amor, hallaron lápidas.
Son tantos los humanos que no vieron lucir
45 trasnochadas edades sobre sus corazones
que pretendió la parca enamorada,
que no puedo dejar de agradecer otra alborada.
Estas viandas sobre la mesa puesta, el calor de los míos,
la posibilidad de sostener con mi alma otras almas,

como otras la mía apuntalan.

Y tantas cosas que el mundo me ofrece y me regala.

Tu amor enfebrecido, los alegres amigos,
compañeros de la orilla imperfecta e imprecisa, donde nada
está dado.

La posibilidad de la escritura, bisturí de los sueños,
la libertad del poema, no hay alas como esas.

Que la rueda de lo que he conquistado ruede imparabile
para que otros tengan su conquista...

Tantas cosas que el mundo me ofrece y me regala,
que solo puedo decir una palabra,

que fue inventada para signar el alba,

que tiene cuerpo de hada y cabeza de buey a yunta atada,

palabra generosa, trasmutada, palabra manoseada

y siempre virgen para quien quiera usarla: Gracias. Gracias.
Gracias.

Alejandra Menassa de Lucia